

Espiritualidad emocionalmente sana



EDICIÓN ACTUALIZADA

ES IMPOSIBLE *tener* MADUREZ ESPIRITUAL
SI SOMOS INMADUROS EMOCIONALMENTE

Peter Scazzero



Vida

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

ESPIRITUALIDAD EMOCIONALMENTE SANA, EDICIÓN ACTUALIZADA

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2008, 2015, 2020
Nashville, Tennessee

© 2020 por Editorial Vida

Este título también está disponible en formato electrónico.

Originalmente publicado en Estados Unidos de América bajo el título:

Emotionally Healthy Spirituality, Updated Edition

Copyright © 2014, 2017 by Peter Scazzero

Publicado por Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49546.

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Traducción: *Andrés Carrodegua*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999 por Bíblica, Inc.® Usados con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas marcadas «PDT» son de la Palabra de Dios para Todos © 2005 por el Centro Mundial de Traducción de la Biblia.

Las citas bíblicas marcadas «LBLA» son de La Biblia de las Américas®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «NTV» son de la Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro—, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

Los enlaces de la Internet (sitios web, blog, etc.) y números de teléfono en este libro se ofrecen solo como un recurso. De ninguna manera representan ni implican aprobación o apoyo de parte de Editorial Vida, ni responde la editorial por el contenido de estos sitios web ni números durante la vida de este libro.

ISBN: 978-0-8297-6564-9 (libro rústico)

ISBN: 978-0-8297-5273-1 (eBook)

CATEGORÍA: Vida cristiana / Crecimiento espiritual

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

PRINTED IN UNITED STATES OF AMERICA

20 21 22 23 24 LSC 6 5 4 3 2 1

Contenido

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1	5
El problema de la espiritualidad emocionalmente enferma <i>Algo anda muy mal</i>	
CAPÍTULO 2	37
Conócete a ti mismo para que puedas conocer a Dios <i>Cómo convertirte en un ser auténtico</i>	
CAPÍTULO 3	73
Retroceder para poder avanzar <i>Cómo romper el poder del pasado</i>	
CAPÍTULO 4	101
El viaje a través del muro <i>Soltar el poder y el control</i>	
CAPÍTULO 5	123
Agranda tu alma a través del dolor y la pérdida <i>Renunciar a tus límites</i>	
CAPÍTULO 6	145
Descubre los ritmos del Oficio Diario y el Sabbat <i>Detenerse para respirar el aire de la eternidad</i>	

CAPÍTULO 7	171
Crece como un adulto emocionalmente maduro	
<i>Aprender nuevas técnicas para amar bien</i>	
CAPÍTULO 8	195
Sigue al próximo paso para desarrollar una «regla de vida»	
<i>Amar a Cristo por sobre todas las personas</i>	
APÉNDICE A: Un extracto de <i>Espiritualidad</i>	
<i>emocionalmente sana Día a Día</i>	215
APÉNDICE B: Cómo definir la salud emocional	
y la espiritualidad contemplativa	219
APÉNDICE C: La oración del examen	225
NOTAS	226
AGRADECIMIENTOS	233
ACERCA DEL AUTOR.	235
LISTA DE CONTROL PARA EL CURSO	
ESPIRITUALIDAD EMOCIONALMENTE SANA	236

El viaje a través del muro

Soltar el poder y el control

Todo seguidor de Jesús en algún momento se enfrentará al muro: o como algunos antiguos lo llamaban, «la noche oscura del alma». La espiritualidad emocionalmente sana ayuda con un mapa de ruta parcial que indica cómo atravesar el muro, y lo que significa comenzar a vivir del otro lado.

No comprender su naturaleza tiene por consecuencia un dolor y una confusión prolongados. En cambio, saber recibir el don de Dios en el muro es algo que transforma nuestra vida para siempre.

La vida cristiana como un viaje

La imagen de la vida cristiana como un viaje capta como pocas nuestra experiencia de seguidores de Cristo. Esa experiencia implica movimiento, acción, paradas y salidas, desvíos, demoras y caminos que llevan hacia lo desconocido.

Dios llamó a Abraham para que abandonara su vida pasada en Ur e iniciara un viaje a la edad de setenta y cinco años. Llamó a Moisés desde una zarza en llamas para que comenzara una nueva etapa de su viaje cuando tenía ya ochenta años. También llamó a los israelitas a salir de Egipto y embarcarse en un viaje de cuarenta años de transformación personal en el desierto. Llamó a David para que dejara las comodidades de su trabajo como pastor, venciera a Goliat y sirviera como el rey de Israel. Llamó a Jeremías para que realizara un duro trabajo entre los cuarenta y los cincuenta años, y se mantuviera firme defendiendo los valores de Dios ante un pueblo rebelde.

Jesús llamó a sus doce discípulos a un viaje que cambiaría sus vidas para siempre. Sin embargo, Judas se desilusionó y se quedó en el camino. ¡No se pudo imaginar lo que Jesús planeaba: entregarse a las autoridades para que lo crucificaran! No pudo visualizar que algo bueno pudiera surgir de la desintegración de su poderoso ministerio que estaba ayudando a tanta gente. El plan de Jesús lo ofendía.

Finalmente, «el atascamiento» llevó a Judas a abandonar a Cristo, ¡siendo quizá este el relato más triste de toda la historia acerca de una oportunidad desperdiciada!

Hoy encuentro a muchos creyentes que están atascados. Algunos se han retirado del viaje por completo. Lo trágico es que no han podido ver el cuadro general de la obra de transformación que Dios quiere hacer con ellos en el muro. La desorientación y el dolor de sus circunstancias presentes los ciegan, y se sienten incapaces de encontrar otros compañeros para emprender este viaje.

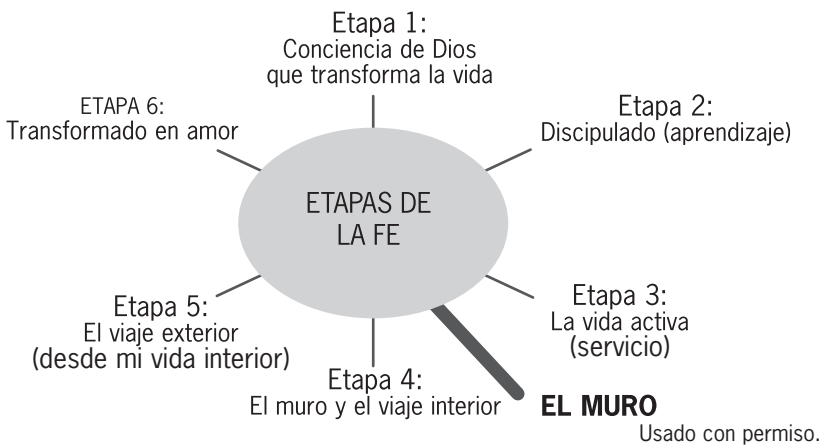
Lo que la mayoría no percibe es que para crecer en la madurez en Cristo hace falta atravesar el muro.

El muro: etapas de la fe

A lo largo de la historia de la iglesia, grandes hombres y mujeres como Agustín, Teresa de Ávila, Ignacio de Loyola, Evelyn Underhill y John

Wesley escribieron acerca de las etapas de este viaje para ayudarnos a comprender este gran proceso o mapa de lo que Dios está haciendo en nuestra vida. En el libro *The Critical Journey: Stages in the Life of Faith* [El viaje crucial: las etapas en la vida de fe], Janet Hagberg y Robert Guelich desarrollaron un modelo que incluye el lugar esencial del muro en nuestro viaje.¹ La siguiente es mi adaptación de su trabajo.

El viaje a través del muro



Observa que cada etapa se construye naturalmente sobre la anterior. En el mundo físico, los bebés deben crecer, convertirse en niños, luego adolescentes y, por último, hombres y mujeres adultos. De manera similar, cada etapa espiritual se construye sobre la anterior. No podemos pasar del discipulado de la etapa 2 al viaje exterior de la etapa 5.

Sin embargo, hay una diferencia importante: nos podemos estancar fácilmente en un punto y tomar la decisión de no avanzar en nuestro caminar con Cristo. Nos negamos a confiar en Dios dentro de ese lugar misterioso y desconocido. Nos ensimismamos y nuestro suelo se va endureciendo lentamente (Marcos 4:1-20).

Es importante recordar que, aunque nos podamos identificar con más de una etapa (siempre me refiero a las etapas 2 y 3), o aun si nos encontramos en una transición entre ellas, tendremos todavía la tendencia a una específica «etapa hogareña que caracteriza mejor nuestra vida de fe en estos momentos».²

Veamos las distintas etapas:

ETAPA 1: *Una conciencia de Dios que transforma la vida.* Esta etapa, ya sea en la niñez o en la adultez, es el inicio de nuestro caminar con Cristo, a medida que tomamos conciencia de su realidad. Nos damos cuenta de que necesitamos misericordia y comenzamos nuestra relación con él.

ETAPA 2: *Discipulado.* Esta etapa se caracteriza porque aprendemos acerca de Dios y lo que significa ser seguidor de Cristo. Formamos parte de una comunidad cristiana y comenzamos a echar raíces en las disciplinas de la fe.

ETAPA 3: *La vida activa.* Es la etapa de «hacer». Nos involucramos, trabajando activamente para Dios, sirviéndolo a él y a su pueblo. Nos responsabilizamos, usando nuestros talentos y dones únicos, para servir a Cristo y a los demás.

ETAPA 4: *El muro y el viaje interior.* Como vemos, el muro y el viaje interior están muy relacionados. El muro nos obliga a un viaje interior. En algunos casos, este viaje nos lleva finalmente a ese muro. Lo más importante que debemos recordar es que Dios mismo es quien nos acerca a él.

ETAPA 5: *El viaje exterior.* Habiendo pasado por la crisis de fe y el intenso trabajo del viaje interior, necesario para atravesar el muro, comenzamos nuevamente a movernos hacia el exterior para «hacer» un servicio para Dios. Podemos realizar las mismas actividades externas que hicimos antes (*p. ej.*, ser líderes, servir y hasta iniciar actos de misericordia hacia otras personas). La

diferencia radica en que ahora estamos dando desde nuestro nuevo enfoque de nosotros mismos que tiene su fundamento en Dios. Redescubrimos su profundo amor hacia nosotros y surge en nosotros una tranquilidad interna e intensa que caracteriza nuestro trabajo para Dios.

ETAPA 6: *Transformados en amor.* Dios envía constantemente a nuestra vida acontecimientos, circunstancias, personas e incluso libros, para que siempre vayamos progresando en nuestro caminar. Está decidido a terminar el trabajo que comenzó en nosotros, nos guste o no. Su objetivo, según John Wesley, es que seamos hechos perfectos en el amor, por lo que el amor de Cristo se convierte en nuestro amor a Dios y al prójimo. Entonces, nos damos cuenta de que este amor es verdaderamente el principio y el fin. Ya en esta etapa, el amor perfecto de Dios ha eliminado todos los miedos (1 Juan 4:18). Finalmente, el todo de nuestra vida espiritual es precisamente la rendición y la obediencia a la voluntad perfecta de Dios.

Cuando describo nuestra vida en Cristo, prefiero las ideas de las estaciones, y no de etapas. Nosotros no controlamos las estaciones; simplemente llegan. Nos llegan el invierno, la primavera, el verano y el otoño, nos gusten o no.

Eso mismo es lo que sucede con los muros.

A muchos de nosotros, el muro se nos presenta por medio de una crisis que vuelve nuestro mundo al revés. Quizá llegue con un divorcio, la pérdida de un trabajo, la muerte de un amigo cercano o de un familiar, un diagnóstico de cáncer, una experiencia religiosa que nos desilusiona, una traición, un sueño destrozado, un niño caprichoso, un accidente automovilístico, la incapacidad para concebir, un deseo profundo de contraer matrimonio que no se cumple, o la pérdida del gozo en nuestra relación con Dios. Nos cuestionamos, y cuestionamos a Dios y a la iglesia.

Descubrimos por vez primera que nuestra fe «no está trabajando». Tenemos más preguntas que respuestas, y sentimos que la columna de nuestra fe está en peligro de caer. No sabemos dónde está Dios, qué está haciendo, hacia dónde va, cómo nos lleva hacia allí, ni cuándo terminará esto.

Mi muro se produjo a causa de varios acontecimientos que se acumularon uno tras otro. Comenzó porque me sentí traicionado durante una división de la congregación hispana de nuestra iglesia. Esto fue seguido por una larga depresión y la pérdida de mi motivación para servir a Cristo, más una crisis matrimonial con Geri y una cautelosa mirada a la forma en que mi familia de origen había impactado lo que yo era en el presente. Había tratado de darle la vuelta al muro, saltar y, por último, cavar debajo de él. No funcionó nada. Finalmente, lo *atravesé* porque el dolor de permanecer donde estaba se volvió intolerable.

Es correcto decir que a lo largo de nuestra vida, en cierto sentido, los muros vienen a nosotros de diversas formas. No es simplemente un único acontecimiento que atravesamos y pasa. Es algo a lo que regresamos una y otra vez como parte de nuestra relación actual con Dios. Por ejemplo, vemos esto cuando Abraham esperó en el muro durante veinticinco años a que naciera su primogénito con su esposa Sara. Entre diez y trece años después, Dios lo condujo a otro muro: el sacrificio de Isaac en un altar; de aquel hijo tan esperado y al que él amaba tanto.

Piensa en Moisés, Elías, Nehemías, Jeremías y Pablo. Todos ellos parecen haber atravesado el muro varias veces en su caminar con Dios. Observa que ellos atravesaron el muro; no dije que solo llegaron al muro. Estos hombres llegaron al otro lado del muro, y nosotros también podemos hacerlo.

Cuando atravesamos el muro, no tenemos necesidad de ser conocidos ni exitosos, sino de cumplir la voluntad de Dios. Hemos comprobado ahora lo que significa vivir en unión con el amor de Dios a través de Cristo en el Espíritu Santo. Aprendimos con el apóstol Pablo «el secreto de estar feliz

en todos los momentos y circunstancias (Filipenses 4:12, PDT). Nos hemos convertido en «santos e intachables» (Efesios 1:4, NTV).

Finalmente nos hemos realizado en nuestra verdadera identidad en Cristo.³

Atascados en el muro: la noche oscura del alma

No obstante, sin entender lo que significa el muro en el camino, incontables seguidores sinceros de Cristo se estancan allí y ya no avanzan hacia el propósito de Dios para sus vidas. Algunos de nosotros nos escondemos detrás de la fe para huir del dolor en nuestra vida, sin confiar en Dios, quien nos transforma a través de él. Pronunciamos frases tan obvias como «Dios dispone todas las cosas para bien» (Romanos 8:28). Sonreímos y cantamos canciones de alabanza sobre nuestra victoria en Jesús. No maldicimos a Dios ni nos amargamos con él. No nos derrumbamos emocionalmente, para demostrarles a los miembros más débiles del cuerpo y al mundo que nos observa que nuestra fe es sólida y fuerte.

Pero el problema radica en que la fe emocionalmente sana admite lo siguiente:

- Estoy desconcertado.
- No sé lo que Dios está haciendo ahora.
- Estoy herido.
- Estoy enojado.
- Sí, esto es misterioso.
- Estoy muy triste ahora.
- Oh, Dios, ¿por qué me has abandonado?

La mejor forma de comprender la dinámica del muro es examinar *Noche oscura del alma*, la obra clásica de San Juan de la Cruz, escrita hace más de quinientos años.⁴ En ella describe el viaje en tres etapas: inicial,

progresiva y perfecta. Para salir de la etapa inicial, sostiene que es necesario recibir el don de Dios que es la noche oscura; esto es, el muro. Esta es la «forma común» de crecer en Cristo. No comprender esto es una de las razones principales por las que muchos comienzan bien su viaje, pero no lo terminan.

¿Cómo saber que estamos en «la noche oscura del alma»? Nuestras buenas sensaciones de que Dios está presente se evaporan. Sentimos que la puerta del cielo se cierra mientras oramos. Descienden sobre nosotros la oscuridad, la impotencia, el cansancio, una sensación de fracaso o de derrota, el vacío y una especie de sequía. Las disciplinas cristianas que nos han servido hasta ahora «ya no funcionan». No podemos ver lo que Dios está haciendo, y escasamente distinguimos su fruto en nuestras vidas.

Esta es la manera que tiene Dios de «purgar nuestros afectos y pasiones» para que podamos disfrutar de su amor y entrar en una comunión más rica y plena con él. Dios nos quiere ofrecer su dulzura y su amor auténticos. Él anhela que conozcamos su verdadera paz y su descanso. Trabaja para liberarnos de unas ataduras poco sanas y de las idolatrías del mundo. Ansía una relación de amor íntima y apasionada con nosotros. Por esta razón, Juan de la Cruz escribió que Dios, para liberarnos, nos envía «la noche oscura del fuego cariñoso». Hace también una lista de las siete imperfecciones espirituales mortales de los principiantes que deben ser purificadas.

1. Orgullo: tienden a condenar a otros y se vuelven impacientes con sus errores. Son muy selectivos con las personas de quienes se dejan enseñar.
2. Avaricia: están descontentos con la espiritualidad que Dios les da. Nunca aprenden lo suficiente; leen muchos libros en vez de crecer en la pobreza de espíritu y en su vida interior.
3. Lujos: les dan más placer las bendiciones espirituales de Dios, que Dios mismo.

4. Ira: se irritan con facilidad, no son afectuosos, y tienen poca paciencia para esperar en Dios.
5. Gula espiritual: se resisten a la cruz y eligen los placeres, como lo harían los niños.
6. Envidia espiritual: se sienten tristes cuando a otros les va bien espiritualmente. Siempre se están comparando con los demás.
7. Pereza: huyen de lo que les resulta difícil. El objetivo de ellos se concreta en la dulzura espiritual y las buenas sensaciones.⁵

En el capítulo 2 hablé sobre la importancia crítica que tiene prestarles atención a nuestros sentimientos para conocer a Dios. Ahora vemos que la noche oscura impide que elogiemos esos sentimientos. Esta es una de las idolatrías más comunes de la vida espiritual.

San Juan de la Cruz conocía nuestra tendencia a atarnos a las sensaciones sobre Dios, confundiéndolas con Dios mismo. Estas sensaciones, plenas o pobres, no son Dios, sino mensajeros de Dios que nos hablan acerca de él. Como diría el mismo escritor, no hay otra forma para que nuestras almas se fortalezcan y purifiquen, y dejemos de alabar nuestros sentimientos más que a Dios, que quitándolos todos de una vez.⁶ Este es el método de Dios para refinar nuestras papilas gustativas, de manera que podamos disfrutar de él a plenitud.

San Juan escribió: «[Dios] está purgando el alma, aniquilándola, vaciándola o consumiéndola (así como el fuego consume el moho y el óxido del metal) de todos los afectos y hábitos imperfectos que ha contraído toda su vida [...] Están muy arraigados en la sustancia del alma [...] Al mismo tiempo, es Dios quien trabaja pasivamente en el alma».⁷

Además de la purga de nuestra voluntad y de nuestra manera de entender los mortales pecados mencionados anteriormente, también Dios añade algo dentro de nuestra alma. De una manera misteriosa, nos inculca su amor. Nos invade de forma poderosa cuando perseveramos con paciencia a lo largo de estos sufrimientos. Nuestra gran tentación consiste en tirar

la toalla o dar un paso atrás; sin embargo, si nos quedamos callados, escuchando su voz, Dios va a poner en nuestro carácter algo suyo que marcará el resto de nuestro caminar junto a él.⁸

Encontrar mi camino a través del muro

Por muchos años, no pude distinguir la «noche oscura del alma» de las pruebas y los contratiempos. Esta confusión me impedía atravesar el muro. Suponía que había sufrido más que el cristiano promedio, y eso seguramente me hacía digno de unas bendiciones no merecidas.

En 1994, fui pastor de dos congregaciones con dos idiomas: una en inglés por la mañana y otra en español por la tarde. Mi vida era muy difícil. Había crisis y dificultades constantes, debidas principalmente a un discipulado que no incluía la salud emocional.

Cuando la congregación en español que se reunía por la tarde se dividió y doscientas personas la abandonaron para comenzar otra, comenzó mi noche oscura. Estaba deprimido y enojado. Por vez primera en mi vida cristiana, no «sentía» la presencia de Dios. La Biblia se volvió polvo para mí, y mis oraciones parecían rebotar desde el cielo. ¡Dios no me estaba liberando!

Pensé que había tocado fondo y que únicamente podría subir.

Recuerdo haberle hablado a un exmiembro de nuestra iglesia sobre este fondo que había tocado.

«¿Fondo?», me dijo riéndose. «¡No tienes idea de lo mucho que te queda todavía!».

Sentía tanto dolor que no creí lo que ella me dijo, pero pareció discernir que aún yo necesitaba una purificación profunda. Tenía razón. Pasaría más de dos años de vida en el «valle de sombra de muerte» (Salmos 23:4, LBLA). Pensé que aquello nunca terminaría. Sería necesario que nuestro matrimonio chocara con el muro y que Geri saliera de la iglesia donde yo

era pastor para hacerme arrodillar finalmente. Recuerdo haberle preguntado a Dios: «¿Hay algo más que me quieras sacar, sádico?».

Durante ese período de dos años, continué con mis disciplinas espirituales. Seguí a Jesús por obediencia. Le serví como líder, aunque por dentro quería abandonarlo todo. Dejar a Dios y a su iglesia en total desorden para siempre. No obstante, durante aquel horror, él me estaba purgando e implantando algo dentro de mi persona.

Todavía recuerdo cuando me fui recuperando. Comencé a avanzar poco a poco y a sentir por vez primera. Me decía: «Hay algo que es diferente. Por completo. ¡No puedo explicarlo, pero me siento liberado de las opiniones de la gente, más claro en cuanto a lo que soy, más seguro de Dios y de su amor que nunca antes!».

Espero que esto signifique que Dios no tiene otras «noches oscuras» para mí.

¿Cuánto durará esto?

Podrían ser meses. Muy probablemente un año, dos... o más. Perdón. Sé que esto no es lo que quieres leer. Al fin y al cabo, es Dios quien elige la extensión y el nivel de intensidad. Él tiene un propósito único con cada uno de nosotros; es el que sabe cuánto hay que limpiar en nuestro ser interior, y cuánto quiere inculcar en nosotros sus grandes y duraderos propósitos. Nuestro Padre sabe de cuánto somos capaces.

En realidad, Juan de la Cruz divide la noche oscura en dos niveles. El primer nivel (al que llama «la noche del sentido») es lo que todos encontramos cuando caminamos con Cristo. El segundo («la noche del espíritu») es para unos pocos. Lo describe como «violento y fuerte», y en el cual «somos arrastrados y nos hundimos nuevamente dentro de un grado de aflicción más grave, más oscuro y doloroso [...] Mientras más brillante y pura es la luz sobrenatural divina, más oscurece para el alma».⁹

Es importante ver aquí que las pruebas que se nos presentan cada día no son el muro o «la noche oscura del alma». Los embotellamientos de tránsito, los jefes molestos, los vuelos de avión atrasados, las averías de automóviles, las fiebres, los perros que ladran en medio de la noche, solo son pruebas.

Santiago se refiere a esto cuando dice: «Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada» (Santiago 1:2-4).

Los muros son como David huyendo de un rey celoso durante trece años en el desierto. Los muros son como Abraham esperando veinticinco años para el nacimiento de Isaac, su primogénito. Los muros son como Job perdiendo diez hijos, salud y posesiones en un solo día.

Características de vida del otro lado

Puede ser difícil discernir con precisión cuándo comenzamos el viaje a través del muro y cuándo estaremos del otro lado. Conozco a mucha gente que ha pasado por grandes sufrimientos y que ha golpeado muros impo- nentes, pero esto no los ha cambiado. Solo han rebotado de regreso a un muro similar, aunque diferente. Han rebotado de nuevo, y a menudo, más amargados y enojados que antes.

Finalmente, es Dios mismo quien nos hace atravesar el muro. Y el misterio viene con esto. De él depende cómo y cuándo nos lleva a atravesarlo. Nosotros tomamos la decisión de confiar en Dios, servirle, obedecerle, permanecer en él y mantenernos fieles cuando todo lo que queremos es dejarlo todo y salir huyendo. Pero ese es *su* trabajo, no el nuestro: transformar profundamente nuestra vida.

Entonces, ¿cómo sabremos que estamos progresando, o si tal vez ya estamos del otro lado? Necesitamos tener en cuenta al menos las cuatro dinámicas siguientes:

1. Un nivel más grande de quebrantamiento

Los cristianos pueden ser notoriamente críticos cuando se trata de defender la verdad. Aquellos que han atravesado el muro están quebrantados. Han visto, como Karl Barth señala, que «la raíz y el origen del pecado es la arrogancia, en la cual el hombre quiere ser su propio juez y el de su vecino también».¹⁰ Antes de atravesar el muro, preferimos ejercitar el derecho a decidir entre el bien y el mal, en lugar de dejarle ese conocimiento a Dios. Al fin y al cabo, sabemos más.

Lo sé. Me avergüenza recordar cómo juzgaba a menudo la forma en que caminaban con Cristo otras personas que eran diferentes a mí. Tenía una opinión y una actitud sobre casi todos los que no eran iguales a mí.

Entre las primeras palabras dichas por Jesús en el Nuevo Testamento hay algunas revolucionarias. «Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece» (Mateo 5:3). La palabra que usó describía al mendigo que había tocado fondo, después de haber sido despojado de todo. Jesús no se estaba refiriendo a una persona sumida en una indigencia material completa, sino a una persona que no puede elevarse a sí misma sobre los demás.

Visualiza a un mendigo. No alguien que encontrarías en una calle de una ciudad de Estados Unidos, deambulando en busca de unas monedas para comprar cerveza o cigarrillos. Más bien, imagínate a una persona en una pobreza tan abyecta, que es incapaz de hacer algo más que estar tirada en una esquina con la palma de la mano abierta, esperando que sientan piedad de ella. Alguien que sabe que va a morir a menos que alguna persona tenga misericordia de él. ¿Te puedes imaginar lo que dice ese mendigo?

- No siempre fui así. Me gradué de la escuela secundaria.
- No me gusta cómo me mira. Guárdese su dinero.
- Yo gano más dinero que el resto de estos mendigos.
- Mira lo que usa el mendigo de la otra esquina. ¿No le da vergüenza?

Las personas del otro lado del muro son libres y no juzgan a nadie.

El orgullo y nuestra tendencia a juzgar a otros se encuentran en todos los rincones del mundo, en todas las culturas, lugares de trabajo, patios de recreo, familias, vecindarios, equipos deportivos, aulas, matrimonios, refugios para personas sin hogar, oficinas de juntas de las corporaciones, fiestas infantiles de cumpleaños, etc. Cuando nos convertimos en cristianos, eso no desaparece automáticamente. Solo tiene una nueva cara:

- No puedo creer que ella diga que es cristiana.
- Los miembros de la megaglesia son superficiales.
- Su iglesia es pequeña y está muerta.
- Mira lo que está haciendo. Eso no lo hace un cristiano.

Otra forma que ayuda a medir el nivel de quebrantamiento es considerar lo fáciles de ofender que somos. Imagínate a una persona altiva, que cuando es criticada, juzgada o insultada, se retira inmediatamente y reacciona. Ataca, o decide que ya no existimos.

Compara esa imagen con la de una persona arruinada que está tan segura del amor de Dios que aunque la insulten no se ofende. Cuando la critican, la juzgan o la insultan, piensa sobre sí misma: *¡Las cosas son peores de lo que te imaginas!*

«Bendito aquel que no espera nada, porque disfrutará de todo», dijo San Francisco de Asís.¹¹ Pocas personas disfrutaron de las cosas terrenales tan bien como él. Comprendía que nadie puede ganar una estrella o un atardecer; que la gratitud hacia Dios y la dependencia de él son los

cimientos de la realidad. San Francisco, como otros que atravesaron el muro, entendió que en todo momento, todos dependemos de la misericordia de Dios.

Esa es una de las razones por las cuales incorporé la oración de Jesús a mis disciplinas espirituales. Sus palabras, adaptadas de una parábola de Jesús en Lucas 18:9-14, son: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten compasión de mí, pecador». Volviendo al siglo sexto, la oración de Jesús ha sido durante mucho tiempo uno de los fundamentos de la espiritualidad cristiana oriental que ayuda a los creyentes a permanecer conectados con Dios y pendientes de él. La repetición de esta oración durante el día, sincronizando las sílabas de sus palabras con los latidos de nuestro corazón, tiene por intención que nuestra vida exprese la riqueza que contiene.¹²

2. Una apreciación más grande para un desconocimiento sagrado (misterio)

A mí me gusta el control. Me gusta saber dónde va Dios, qué está haciendo, la ruta correcta para llegar allí y exactamente cuándo llegaremos. Me agrada recordarle a Dios que se debe comportar de una manera que se ajuste a mis ideas sobre él. Por ejemplo, Dios es justo, misericordioso, bueno, sabio y amoroso. Entonces, el problema radica en que está más allá de mi comprensión de todos los conceptos que tengo sobre él. Dios es completamente incomprensible. Sí, Dios es todo lo que revelan las Escrituras, pero también es infinitamente más que eso. Dios no es un objeto que yo pueda determinar, dominar, poseer u ordenar.¹³ Todavía trato de usar de alguna manera mis «ideas claras» acerca de Dios, para que me den poder sobre él, y dominarlo de cierta forma. Inconscientemente, hago un trato con él que es más o menos así: «Obedezco y cumpla mi parte del trato. Bendíceme ahora. No permitas que tenga ningún sufrimiento grave».

A Dios no le gusta que lo degrademos al rango de secretario personal o asistente nuestro. Recuerda con quién estamos tratando aquí: Dios es

inmanente (está en todo) y aun así es trascendente (está tan arriba y alejado de nosotros). Dios es cognoscible, pero también «incognoscible». Dios está dentro de nosotros y junto a nosotros, pero es totalmente diferente a nosotros. Por esta razón, Agustín escribió: «Si entiendes, no es a Dios a quien entiendes».¹⁴

La mayoría de las veces no tenemos idea de lo que él está haciendo.

Existe una antigua historia sobre un hombre sabio que vivía en una de las fronteras más extensas de China. Un día, sin razón alguna, el caballo de un hombre joven huyó y fue capturado por nómadas al otro lado de la frontera. Todos trataron de consolarlo por su mala suerte, pero su padre, un hombre sabio, le dijo: «¿Qué les asegura que esto no sea una bendición?».

Meses después, su caballo regresó, trayendo consigo un esplendoroso semental. Esta vez todos felicitaban al hijo por su suerte. Y ahora su padre le dijo: «¿Qué te asegura que esto no sea un desastre?».

Su casa se enriqueció con aquel caballo fino sobre el cual le agradaba cabalgar al hijo. Pero un día se cayó de él y se rompió la cadera. Nuevamente, todos le ofrecieron consuelo por su mala suerte, pero su padre les dijo: «¿Qué les asegura que esto no es una bendición?». Un año más tarde, los nómadas invadieron la frontera y todos los hombres que podían guerrear tuvieron que tomar su arco e irse a la batalla. Las familias chinas que vivían en la frontera perdieron nueve de cada diez hombres. El padre y el hijo sobrevivieron para cuidarse mutuamente, solo porque el hijo era lisiado.

Lo que parecía ser una bendición y un éxito fue una cosa terrible. Lo que parecía ser un acontecimiento espantoso tuvo por consecuencia una bendición.¹⁵

Yo también puedo decir con sinceridad que mientras más conozco a Dios, menos sé sobre él.

Moisés vio a Dios por vez primera en una zarza en llamas. Se le apareció entre las llamas (Éxodo 3:2). Después, Dios guio a Moisés por el desierto, donde se reveló en una columna de nube durante el día y de

fuego durante la noche. Era una mezcla de luz y oscuridad (Éxodo 13:21). Finalmente, Dios lo llevó dentro de la «densa oscuridad» del monte Sinaí, donde le habló frente a frente (Éxodo 20:21). Como dijo Gregorio de Niza, en esta oscuridad pura era donde habitaba la luz infinita de Dios. Mientras más crecía Moisés en su conocimiento de Dios, más salvaje, más deslumbrante y «desconocido» llegó a ser este Dios vivo para él.¹⁶

Santo Tomás de Aquino escribió en el siglo trece la Suma Teológica, una obra de veinte volúmenes sobre Dios. La comenzó así: «Este es el conocimiento máximo de Dios, para saber que nosotros no sabemos nada». Sin embargo, al final de su vida tuvo una visión de Cristo en la iglesia. Después de esa experiencia dijo: «No puedo escribir más; Dios me ha dado un conocimiento tan glorioso, que todo lo que mis obras contienen es como hojarasca, que apenas sirve para amortiguar la caída de las maravillas sagradas en un establo».¹⁷

Uno de los grandes frutos del muro es un amor profundo, como el de un niño, por el misterio. Podremos descansar fácilmente y vivir más libremente al otro lado del muro, sabiendo que Dios tiene el control de todo y es digno de nuestra confianza. Entonces podremos cantar alegremente con David: «Hizo de las tinieblas su escondite, de los oscuros y cargados nubarrones un pabellón que lo rodeaba» (Salmos 18:11).

3. Una capacidad más profunda para esperar en Dios

Una consecuencia de ese quebrantamiento más grande y de ese desconocimiento sagrado es una capacidad mayor para esperar en el Señor. Atravesar el muro rompe algo profundo dentro de nosotros, esa voluntad propia que es determinante, temerosa y debe esforzarse para que algo suceda, y que debe ser hecha para Dios (en caso de que él no lo haga).

Si tuviera que identificar mis mayores pecados y errores de juicio en los últimos treinta años de seguir a Cristo, ambos retrocederían al hecho de no haber esperado en Dios. ¿Qué significan realmente las palabras «Pon tu esperanza en el SEÑOR; ten valor, cobra ánimo; ¡pon tu esperanza en

el SEÑOR!» (Salmos 27:14)? ¿O qué significa «Espero al SEÑOR, lo espero con toda el alma; en su palabra he puesto mi esperanza. Espero al SEÑOR con toda el alma, más que los centinelas la mañana» (Salmos 130:5-6)?

He tenido una lucha con esperar en el Señor, al igual que con mi problema de terminar las oraciones de las otras personas y fundar nuevas iglesias demasiado rápido. Creo que Dios extendió mi muro (y luego agregó otros muros más pequeños) para purgarme de esta obstinación profunda y caprichosa de correr delante de él. Mientras pateo y grito, Dios me enseña lentamente a esperar. Ahora comprendo por qué este es un tema que se repite tanto en las Escrituras.

Abraham aprendió a esperar ante su muro. A la edad de setenta y cinco años, Dios le dijo que sería padre de naciones. Después de esperar once años, tomó el asunto en sus manos y tuvo a Ismael con su esclava Agar (Génesis 16:1-4). Dios lo obligó a esperar catorce años más hasta que el hijo prometido naciera. La humillación pública y privada que soportó lo convirtió en el padre de la fe para el resto de la historia.

Moisés aprendió a esperar junto a su muro. Después de asesinar a un hombre sin poder liberar a los israelitas, pasó los cuarenta años siguientes aprendiendo a esperar en Dios. Él lo transformó en el desierto en el hombre más humilde de la tierra (Números 12:3).

David aprendió a esperar junto a su muro. A pesar de su contundente victoria sobre Goliat, y siendo inocente, se vio obligado a andar huyendo del poderoso ejército del rey Saúl entre diez y trece años, perdiendo sus sueños, su familia, su reputación y su seguridad terrenal. Dios lo transformó en el desierto en un hombre conforme a su propio corazón (ver 1 Samuel 16 a 2 Samuel 1).

Ana aprendió a esperar junto al muro. Después de años de infertilidad, oraciones no respondidas y burlas por parte de la otra esposa de su marido, Dios escuchó finalmente su clamor. Sus años de dolor y angustia la convirtieron en la madre de Samuel, quien transformaría a todo Israel (1 Samuel 1 y 2).

También Jesús aprendió a esperar en la oscuridad y en el silencio como hijo de un carpintero, y después en el desierto, resistiendo la tentación del demonio para que obrara antes del tiempo establecido por su Padre celestial. A raíz de esta espera, Jesús salió del desierto en el poder del Espíritu (Lucas 4:14). Podemos confiar en que Dios hará lo mismo en nosotros si aprendemos a servirlo.

4. Un desapego mayor

El tema crítico del caminar con Dios no es «¿Soy feliz?», sino «¿Soy libre?». «¿Estoy creciendo en la libertad que Dios me dio?». ¹⁸ Pablo se refirió a este tema central del desprendimiento en 1 Corintios 7:29-31, llamándonos a una comprensión radical y nueva de nuestra relación con el mundo:

Lo que quiero decir, hermanos, es que nos queda poco tiempo. De aquí en adelante los que tienen esposa deben vivir como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran, como si no se alegraran; los que compran algo, como si no lo poseyeran; los que disfrutan de las cosas de este mundo, como si no disfrutaran de ellas; porque este mundo, en su forma actual, está por desaparecer.

Debemos vivir nuestra vida como el resto del mundo; es decir, casarnos, experimentar dolor y alegría, comprar cosas y usarlas, pero siempre con la consciencia de que estas cosas no son nuestra vida. Es necesario que estemos marcados para la eternidad, libres del poder dominador de las cosas.

El desapego es el gran secreto de la paz interior. A lo largo de este camino que recorreremos con Jesús, nos amarramos (literalmente, «nos quedamos clavados») a comportamientos, hábitos, cosas y personas, de una manera que no es saludable. Por ejemplo, yo amo mi casa, mi carro, mis libros, amo a Geri, a nuestras cuatro hijas, a nuestra iglesia, nuestra comodidad y mi buena salud. Quizá te pase igual a ti: raramente me doy

cuenta de lo atado que estoy a algo, hasta que Dios me lo quita. Entonces comienza la lucha por el poder. Yo le digo: «Señor, necesito tener ese segundo auto; me conviene». Entonces Dios me responde: «¡No, no necesitas eso! ¡Me necesitas a mí!».

Cuando metemos nuestras manos en algo y no las queremos sacar, estamos más lejos de disfrutar las cosas. «*Necesito tenerlas ahora*».

El muro, más que todas las demás cosas, corta nuestras ataduras con quienes nosotros creemos que deberíamos ser, o con lo que pensamos erróneamente que somos. Así caen las capas de nuestra falsía, y va surgiendo lentamente algo que es verdadero: Cristo en nosotros y a través de nosotros.

Richard Rohr escribió de manera extensiva acerca de las cinco verdades esenciales a las cuales los hombres deben despertar para poder alcanzar la masculinidad y la espiritualidad dadas por Dios.¹⁹ Considero que sus conclusiones describen las poderosas verdades bíblicas que todos nosotros podemos saber ahora con seguridad, como resultado de haber atravesado el muro y estar experimentando un gran desapego:

- La vida es dura.
- No eres tan importante.
- La vida no se centra en ti.
- El control no lo tienes tú.
- Vas a morir.²⁰

Una última palabra

Recuerda que el propósito de Dios para con nosotros al final del camino es tener una unión de amor con él. Nos deshacemos con alegría *de* ciertas conductas y actividades, *con el fin* de tener una comunión más íntima con Dios. Es bueno disfrutar del mundo, ya que la creación de Dios también es buena. Asimismo, debemos apreciar la naturaleza, las personas y todos los

dones de Dios junto con su presencia en la creación, sin dejarnos atrapar por ellos. Alguien dijo con razón que todos aquellos que están más desapegados durante el viaje son los que pueden saborear el gozo más puro en la belleza de las cosas creadas.

Thomas Merton resumió bien este desafío al decir: «Me pregunto si hay en este mismo momento veinte hombres vivos en el mundo entero que ven las cosas como son realmente. Eso significaría que habría veinte hombres libres, que no han estado bajo el dominio o la influencia de la unión a cualquier cosa creada, o a su propia persona, o a cualquier don de Dios».²¹

El caminar con Jesús nos llama a una vida de entrega total a él. Esto nos indica que simplifiquemos nuestra vida, eliminando las distracciones. En parte, significará aprender a lamentar nuestras pérdidas y abrazar el don que son nuestros límites. Para entender mejor esto, podemos pasar al próximo capítulo.

Padre celestial, enséñame a confiar en ti aun cuando no sé dónde vas. Ayúdame a rendirme ante ti, y a no ensimismarme por temor. Las tormentas y los vientos de la vida soplan fuerte alrededor de mí. No puedo mirar al frente. A veces siento que me voy a ahogar. Señor, tú estás en el centro, en un reposo y una paz totales. Ábreme los ojos para que pueda ver que estás conmigo en la barca. Estoy a salvo.

Despiértame, Jesús, a tu presencia dentro de mí, a mi alrededor, encima y debajo de mí. Concédeme gracia para seguirte hacia lo desconocido, hasta el próximo punto de mi viaje contigo. En tu nombre, amén.